

**Laurent BOISVERT**, *Le charisme. Un visage évangélique à incarner et à manifester*, Les Éditions Bellarmin, Montréal

adada, citation and similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

Con este breve escrito el autor ofrece de nuevo, en continuidad con su reflexión sobre la noción de «carisma» (vid. ScrTh 35 [2003] 646-647), unas útiles consideraciones a partir de su aplicación a la vida religiosa o consagrada. Con todo, estas páginas difieren de la literatura al uso sobre el tema, que suelen tener un déficit de precisión. Por el contrario, el autor aspira a bosquejar un esquema de pensamiento sistemático y una clarificación del rico fenómeno del «carisma».

Para el autor, los carismas configuradores de formas de vida cristiana contienen cuatro elementos fundamentales. En primer lugar, el carisma constituye una «percepción» no tanto de *un* aspecto sino de la totalidad del evangelio y del misterio de Cristo pero bajo *un* ángulo singular. El segundo elemento es la «encarnación» en personas de ese aspecto percibido. Estos dos elementos componen lo que suele llamarse «espiritualidad», esto es, la traducción existencial y personal de aquella percepción global del Evangelio. El tercer elemento es la «misión», es decir, el signo y testimonio del misterio de Cristo a partir de esos diversos ángulos o percepciones. La misión desemboca en el cuarto elemento, que el autor llama «fecundidad», es decir, la «edificación de la Iglesia» mediante ese testimonio.

En torno a estas cuatro coordenadas del «carisma» identifica el autor las diversas modalidades en que cada una se realiza: en la persona fundadora de una institución, o en sus miembros, o en los fieles laicos que participan —según su

propia vocación laical— de ese carisma. En torno a esas coordenadas, el autor precisa las nociones usuales de carisma

en definitiva, a los cuatro elementos antes mencionados.

La aportación del autor nos parece valiosa en la medida en que intenta iluminar la realidad del «carisma» con un discernimiento terminológico y, por tanto, conceptual. La reflexión se centra en la Vida Consagrada. Por otra parte, es un tema que afecta directamente a la Eclesiología dogmática, que tiene pendiente todavía —nos parece— situar el fenómeno «carisma» en la Iglesia más allá de su aplicación a la vida religiosa, para discernir la «estructura carismática» de la Iglesia, o lo que algún autor ha llamado la función del «carisma estructural» (P. Rodríguez).

José Ramón Villar

**Paul-Laurent CARLE**, *Les quatre frères cousin de Jésus et la maternité virginale de Marie*, Éditions de l'Emmanuel, Paris 2004, 159 pp., 14 x 21, ISBN 2-915313-06-7.

El A. intenta demostrar que la tesis que expresa el título carece de una sólida base histórica y bíblica. El plan general de la investigación —que pretende rebatir las tesis de Duquesne— comprende cinco partes articuladas, de las cuales el presente libro trata la primera. Es decir, se centra en «Los primos-hermanos de Jesús en el Nuevo Testamento y en la divina Tradición». Consta de cinco capítulos de distinta extensión.

El primer capítulo que es el más amplio se centra en la Escritura. El A. se

detiene primeramente en los evangelios apócrifos de la infancia del Señor tejidos de milagros ostentosos realizados en unos escenarios geográficos e históricos decolorados y anacrónicos. Todo lo opuesto al «Evangelio cuadriforme según Mateo, Marcos, Lucas y Juan», que nos muestra un mundo palestino y romano objetivo donde Jesús ha vivido su vida entre los hombres.

El A. se detiene en consignar el humor encratita en el que se desarrollan los dieciséis primeros capítulos del *Protoevangelio de Santiago*. Del capítulo 17 al 22 se centra en la concepción y el desarrollo de Jesús. José no aparece como un adulto vigoroso que saca la familia con su trabajo, sino como un anciano octogenario, protector de la integridad de María, viudo y con hijos de su primer matrimonio. La huella marcada por este apócrifo es seguida por los demás evangelios de la infancia, tal es el caso del *Evangelio del Pseudo-Tomás*, del *Libro armenio de la Infancia* y del *Evangelio árabe de la Infancia*. Presentan narraciones fantásticas y poco verosímiles de milagros donde Jesús «se presenta caprichoso, vanidoso e incluso peligroso por su omnipotencia omnisciente» (p. 38).

A continuación estudia los evangelios de la infancia de S. Mateo y S. Lucas. En ellos «durante los primeros treinta años aparece como Hijo único. No figura ningún otro hijo a su lado, a diferencia del *Protoevangelio de Santiago*. No hay ningún vestigio de hermanos mayores descendientes de un primer casamiento de S. José» (p. 39). Carles hace un recorrido de toda la vida oculta de Jesús y concluye que todo el relato sugiere con mucha claridad que Jesús es el Hijo único de la Sagrada Familia (cfr. p. 43). Después de aportar pruebas filológicas y de comparar los

diversos textos evangélicos llega a la conclusión que «Santiago el menor, y Judas y José y Simón» denominados «hermanos de Jesús» son hijos de Clopas-Alfeo, hermano de S. José, casado con una María distinta de la Virgen.

En el capítulo 2.º, titulado «La “Paradosis”» se escruta la Tradición recibida de Cristo y de los apóstoles, que es conocida por todas partes donde se anuncia el Evangelio. El P. Carles presenta el testimonio de Hegesipo, palestino del siglo II, sobre la familia colateral de Jesús y de rebote confirma su cualidad de Hijo único de María.

En el capítulo 3.º sale al paso de una noticia de prensa difundida en octubre de 2002. Se trataba del hallazgo de un osario palestino con una inscripción funeraria redactada en hebreo y fechada a mediados del siglo I. La inscripción dice: «Santiago, hijo de José, hermano de Jesús» (p. 91). Sin embargo, Carles sostiene que «los nombres de los principales actores del Evangelio —Jesús, María, José, Leví, Santiago, Marta, Lázaro, Simeón, Juan— eran muy usuales» (p. 91). A la vez informa la existencia de abundantes hipogeos judíos con esos nombres. Por ello concluye que debía investigarse seriamente los datos de ese osario judío. Por tanto, «es preciso, huyendo del sensacionalismo, retomar minuciosamente su estudio, verificar, en la medida de lo posible, su perfil arqueológico» (p. 94).

El A. recopila en el 4.º capítulo las conclusiones de lo estudiado hasta el presente. Carles escribe: «“Hermano”, especialmente, y de forma muy habitual en la época del Salvador, se aplicaba para designar a los primos, vocablo ausente en el hebreo-araméo, subyacente a tantos pasajes del Evangelio. Esta acepción de “primos” es lo que hemos discernido de un estudio paciente del

Evangelio cuadriforme y más tarde esa lectura ha sido confirmada por el testimonio de Hegesipo, quien probablemente era también de origen palestino» (p. 98). Se completa este libro con un capítulo en el que se muestran las diversas desviaciones que a partir de la década de los sesenta del siglo XX discutieron la divinidad de Cristo y la virginidad de María.

El libro está muy bien documentado y todas sus notas están recogidas en sus últimas páginas. Debemos decir que el libro es exhaustivo aunque algo reiterativo, pero correcto y lleno de buen sentido. Ganaría en objetividad y ponderación si en su expresión verbal no fuera tan combativo ante las posturas que critica.

Juan Luis Bastero

**Olivier CLÉMENT**, *Roma, de otra manera*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2004, 148 pp., 10 x 18, ISBN 84-7057-486-8.

Se trata de un ensayo del conocido teólogo ortodoxo francés, en el que reflexiona sobre el significado y la relevancia del deseo expresado por Juan Pablo II de realizar una reflexión conjunta entre los cristianos sobre el ejercicio del primado.

La brevedad del librito no impide percibir la importancia de sus páginas. Sin detenerse en demostrar sus afirmaciones, la mayoría —no todas— pacíficas entre los especialistas, el autor recorre la historia y la experiencia de la Iglesia indivisa en relación con el Obispo de Roma y su función de unidad en la Iglesia. A continuación, el autor trata de la diversa evolución que han llevado el Oriente y Occidente cristianos en la comprensión teológica del ministerio

papal. Sinodalidad y primado deben encontrarse de nuevo en su relación armónica. A su manera de ver, en la evolución occidental y oriental sobre el primado «Pedro se quedó sin sus hermanos, los apóstoles; y éstos se quedaron sin Pedro» (p. 95). Termina con unas sugerencias dirigidas a católicos y ortodoxos sobre las tareas pendientes, por ambas partes, para un reconocimiento y vivencia genuinos del servicio petrino.

En este sentido, expresa su perplejidad por las tomas de posición negativas en relación con el primado papal que en ocasiones ofrecen los representantes de la Ortodoxia, asunto que atribuye en parte a factores coyunturales no teológicos, aunque también descubre alguna tendencia teológica influyente que concibe el ministerio primacial como mera realidad histórica contingente, sin valorar el profundo significado del reconocimiento del primado por Oriente durante el primer milenio.

Mirando a los católicos, le causa dificultad la idea jurisdiccional del primado, y expresa su «esperanza de que Roma, a través de un proceso de gracia que le será propio, cuando Dios lo quiera, volverá a la concepción auténtica del primado como servicio de comunión, en la interdependencia real de su obispo con todos los demás» (p. 96). Descubre en la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el episcopado una comprensión nueva y prometedora de la autoridad del Papa fundada en el sacramento del episcopado, de manera que su peculiar ministerio sólo puede entenderse «en el marco del ejercicio del episcopado... sólo puede desplegarse en el interior de la gracia episcopal» (p. 99). Como se puede advertir, esta alusión al origen sacramental de la autoridad primacial podría solucionar la